

La imagen ese elusivo objeto del deseo de la bibliotecología

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ
*INSTITUTO DE INVESTIGACIONES BIBLIOTECOLÓGICAS
Y DE LA INFORMACIÓN, UNAM*

Para L. B.

El deseo busca satisfacción con la posesión del objeto anhelado, lo que deriva en la consumación del deseo. Pero si el objeto elude el impulso de posesión el deseo permanece inquieto: en la medida que el deseo se aproxima lo más ceñidamente posible al objeto y este lo elude se incrementa la necesidad de posesión, que permanece así en vilo. El deseo en perpetua insatisfacción tiende también a deslizarse por la pendiente de la ansiedad, la cual puede disparar ese resorte del instinto de preservación que es la indiferencia ante el objeto deseado. Indiferencia que expresa: “te deseo pero ante tu constante evasión evito sucumbir a la ansiedad. Y aunque estés muy cerca prefiero hacerte un lado”. Esta fenomenología del deseo puede expresar simbólicamente la relación entre la imagen y la Bibliotecología. Relación que además de una profunda problemática histórica y cognoscitiva entraña un momento de definición y orientación futura del campo bibliotecológico.

Al interior del territorio de la Bibliotecología la imagen elude el cerco que constantemente tiende sobre ella ésta disciplina, para hacerla legible dentro de sus cánones. El deseo de apropiación de la imagen por parte de la Bibliotecología se encuentra inscrito en la hondura de su propio designio: ciencia avocada al conocimiento de la información registrada. Pero la especificidad que distingue a la

imagen, en cuanto información registrada hace que eluda los acercamientos, por muy cercanos que sean, de la ciencia bibliotecológica, lo que redundará en que por momentos tienda a la indiferencia, lo que deriva, por ejemplo, en que entre los acervos de las bibliotecas se deje de lado o se arrumben los que se corresponden con las imágenes. De ahí que la imagen en Bibliotecología tenga una posición descentrada, anómala o periférica. Lo que lleva a plantearse los problemas: ¿Qué es lo que hace y ha hecho que la imagen eluda la necesidad de la Bibliotecología de integrarla normativamente a su propia organización con el resto de los objetos que le son propios? ¿Cómo se puede establecer la relación entre la palabra escrita (impresa) y la imagen para conformar un conocimiento bibliotecológico más amplio e integral que mire al futuro?

Para dar respuesta a semejantes preguntas seguiré un camino que se bifurca en dos senderos: uno de orden cultural y otro de orden cognitivo, los cuales confluirán en una apuesta futura del campo bibliotecológico.

El destino y la suerte de la ciencia bibliotecológica y la práctica bibliotecaria, desde su origen, ha estado inalienablemente unido a la *cultura escrita*. A espaldas de ésta última quedó la *cultura oral*; es interesante comprender la cultura escrita al trasluz de la cultura oral, porque permite acceder, aparte de sus diferencias, a la especificidad que signó el devenir de la cultura escrita y navegando en el océano de ella el universo bibliotecario. La cultura oral tiene como particularidad en cuanto a la generación, acopio y diseminación de la información en que ésta es producida en el acto comunicativo del *tête à tête*. Lo que significa que la corporeidad es una instancia fundamental para la producción informativa: la comunicación no se reduce sólo a la oralidad, el cuerpo es un complejo ámbito de expresividad. De ahí que en las sociedades orales los ritmos, los sonidos, esto es, el colorido y la música que la corporeidad produce a través de los ritos, las ceremonias y convivencia social son fuente de mensajes, de un despliegue informacional de extraordinaria riqueza y sutileza. Esto explica asimismo *en tales sociedades la estructuración informativa a la manera icono-visual*. La oralidad se acompaña de la visualidad. El acopio de semejante información lo

lleva a cabo la memoria tanto individual como colectiva: memoria de gran extensión acumulativa y creativa. En cuanto a la diseminación la información sólo puede desplazarse dentro del círculo de la presencia de aquellos que se comunican *hic et nunc*. La información no puede proyectarse más allá en el tiempo y el espacio de la frontera de la presencia. Ahora bien, las formas culturales en particular en sus manifestaciones informativas no se circunscriben a un mero acto externo comunicacional, por el contrario, es un mecanismo configurador de la integridad de los procesos internos de los individuos, de las sociedades. Así los procesos cognitivos y emocionales, en conjunto, la mentalidad social se encuentra signada por la configuración cultural prevaleciente. Lo que determina la cosmovisión y la actividad cotidiana de los individuos. La cultura oral, por consiguiente, no sólo es una forma específica de generación y comunicación de la información, sino primordialmente una manera de ser, sentir y actuar; de concebir y dirigirse al mundo. De manera análoga esto aplica a la cultura escrita.

La aparición y desarrollo de la escritura va a implicar una de las transformaciones fundamentales en la historia de la humanidad y del proceso civilizatorio. Va a cubrir carencias y limitantes de la cultura oral; lo que, por otra parte, va a conllevar la pérdida de aspectos importantes y entrañables de esa cultura, entre ellas la peculiar relación con la imagen así como la potencia iridiscente de la memoria individual. El carácter específico y determinativo de la escritura es su *permanencia*, a contramarcha de la fugacidad y volatilidad de la oralidad. Esa misma permanencia le dota de una excepcionalidad para ser soporte más fidedigno en la transmisión del conocimiento propio del habla. Se conserva de mejor forma la información, con lo que se pone en mejor disposición de transmitirse a través del tiempo y del espacio, prescindiendo de la presencia del *cara a cara*, esto es, más allá del tiempo presente y desplazándose a largas distancias. Sobre esta base de conservación, estabilización y transmisión de la información por parte de la escritura se puede desarrollar una tradición de autoridades así como una sólida plataforma para la elaboración de conocimientos cada vez más omniabarcadores y sofisticados. Otra característica determinante que,

propicia la escritura es el ganarle terreno al olvido o a la pérdida masiva de información. Por eso el lugar común que se considera como atributo sobresaliente de la escritura es que se estatuye como un repositorio de la memoria, pero hay que puntualizar que es la memoria colectiva la que mejor queda satisfecha con ello, porque la memoria individual sufre menoscabo al ya no desarrollarla en sí mismo el individuo, puesto que la confía a la escritura. Sobra decir que conforme ésta configuración cultural se consolida pasa a ser determinante en la vida de las sociedades y los individuos. Con lo que las actividades y la concepción de la realidad, es decir, la mentalidad de las colectividades queda signada en lo profundo por los mecanismos y procesos característicos de la escritura. De ahí que la construcción de la realidad social en sus múltiples órdenes y niveles se encuentre guiada por los patrones de la escritura.

Ahora bien, la escritura hace de la necesidad virtud: la cada vez más amplia producción de escritos requería de lugares expofeso para ser recopilados y conservados; de ahí que las bibliotecas vinieran a cubrir esa necesidad. Una vez que las bibliotecas se instalan y consolidan sus funciones sustanciales, necesarias para la cultura escrita, pasan a jugar un rol fundamental en la conformación de la organización social. De manera figurada puede decirse que *la Biblioteca es una de las instancias por medio de la cual la cultura escrita toma conciencia de sí misma, de sus atributos y potencialidades, así como de su racionalidad para actuar sobre los procesos de la estructuración social*. Por lo que las bibliotecas se convierten en nodos a través de las cuales transitan las líneas de la cultura escrita para entretrejerse con los procesos que constituyen en sus múltiples estructuras a las sociedades, y que hace de ellas organizaciones signadas por la lógica de la escritura. El correlato de este despliegue de las bibliotecas es el de sus agentes, los bibliotecarios, los cuales a lo largo de la historia se posesionan y son posesionados medularmente por la misión de las bibliotecas como institución fundamental de la cultura escrita. Y en la medida que se gesta, amplía y consolida el conocimiento bibliotecario, hasta constituirse en la ciencia bibliotecológica, mayor es la certeza de los bibliotecarios de ser guardianes de todo aquello que corresponde a los productos

textuales de la cultura escrita: el manuscrito y, posteriormente, el impreso son justificación y legitimación para su misión como calificados representantes de todo lo correspondiente a la escritura. Esto contribuye a modelar entre los bibliotecarios (bibliotecólogos) una mentalidad firmemente arraigada en la cultura escrita. Como puede conjeturarse este es el primer cerco, cultural, que limita el deseo del bibliotecario en pos de ese elusivo objeto (contracara de la información registrada escrituraria) que es la imagen.

Como se indicó con anterioridad, el otro sendero a seguir en la búsqueda de respuesta a la cuestión de por qué la Bibliotecología no ha podido integrar en sí misma a la imagen es de orden cognitivo. La imagen no le es una entidad ajena al conocimiento bibliotecario, porque de hecho desde los orígenes ha acompañado a la textualidad. Ya algunos de los primeros libros (rollos) que se escribieron estaban ilustrados. El impulso de la conciencia humana por hacer imágenes antecede históricamente a cualquier forma de escritura (recuérdense las imágenes prehistóricas pintadas en las paredes de las cavernas); de ahí que cuando aparecen los primeros libros estos tenían que ser acompañados por imágenes. Por lo que las bibliotecas contaron desde un inicio con las imágenes que contenían los libros, como ha seguido ocurriendo hasta la fecha. Incluso en la actualidad crece el acervo de imágenes dentro del acervo de las bibliotecas, si se considera que aumenta cada día el número de libros ilustrados, de hecho hay libros que constan sólo de imagen sin apenas rastro de palabras. Además se cuenta con una amplia variedad de registros visuales debido a los medios tecnológicos de producción de diversos tipos de imágenes. Por lo que indudablemente puede decirse que la imagen tiene ya una firme presencia en las bibliotecas. Son parte infaltable del paisaje bibliotecario; sin embargo... No cuentan con el mismo estatuto y consideración que el resto de los materiales escriturarios (impresos) que componen las colecciones bibliotecarias. De hecho no faltan profesionales del área que consideran que las imágenes no son objetos de conocimiento propio de la Bibliotecología por lo que serían, en última instancia, responsabilidad de los documentalistas. Pero si se considera que el objeto primordial de estudio de la Bibliotecología es

la información registrada, con todo derecho la imagen es o debería ser objeto de conocimiento de ésta ciencia, puesto que el basamento de las imágenes es la información que específicamente cada una de ellas contiene; incluso hasta las imágenes más abstractas son fuente de información. Si esto es así entonces la interrogante que se presenta es qué tiene de particular y diferencial la información registrada de la imagen que la torna difícilmente manejable para el conocimiento bibliotecológico (bibliotecario).

La propia cualidad específica de la imagen es lo que la torna extremadamente elusiva: *la visualidad*, por lo mismo, sustentada en una *polisemia salvaje*; lo que redundo en la dificultad de sujetarla con los patrones cognoscitivos, por ejemplo, clasificación y catalogación, propios de la Bibliotecología, fundados en la información escrita. Lo que entraña profundos problemas epistemológicos de base en su construcción como objeto de conocimiento dentro del campo bibliotecológico.¹ Por otra parte esa visualidad de la imagen hace que en cuanto tal se le considere una entidad sólo susceptible para ser vista (mero reflejo de la realidad) y no se le conciba como información para cuyo acceso se requiere de su lectura. A diferencia de cualquier texto escrito que únicamente puede ser considerado como una entidad hecha para ser leída y con ello decodificar, descifrar, la información textual; por el contrario, la imagen *no* es estimada de manera análoga como objeto de lectura, con lo que se obtura la vía de acceso para su conocimiento y para el conocimiento que contiene su información. De ahí que pueda decirse que la imagen está y no está dentro de las bibliotecas y del conocimiento bibliotecológico. En las bibliotecas guarda una posición marginal y dentro del conocimiento bibliotecológico una situación cognitiva descentrada: es un objeto periférico que elude el deseo cognitivo de la Bibliotecología de encuadrarlo en categorías que no le corresponden, por lo que no se acaba de comprender que tiene una especificidad propia y que, por tanto, le dota de una

¹ Esta temática en particular se desarrolla con amplitud en el texto *Problemas en la construcción de la lectura de imagen como objeto de conocimiento en el campo bibliotecológico*.

identidad diferencial. De esta forma se tiene que tanto la problemática cultural como la problemática cognitiva acaban por incidir mutuamente para conformar el *cercado de la cultura escrita* en el que se encuentran circunscritos tanto el conocimiento bibliotecológico como la biblioteca, lo que hace las veces de obstáculo que le impide satisfacer el deseo de posesión de tan elusivo objeto como es la imagen. Pero véase ahora hacia delante, al futuro del campo bibliotecológico.

Ahora bien, detenerse en el problema de la elusividad de la imagen o en otros términos sobre su integración paritaria con los demás objetos característicos de la Bibliotecología no es una cuestión secundaria o meramente ornamental. Es una necesidad actualmente considerando las características y tendencias del contexto histórico social. Para decirlo de forma inicial y contundente: se vive la transición de la cultura escrita hacia la cultura visual. Algo semejante a lo que se vivió en la antigüedad entre la transición de la cultura oral a la cultura escrita. Las bibliotecas y su correlativo conocimiento bibliotecológico, como se expreso con anterioridad, tienen un papel fundamental para la cultura escrita, lo que significa también que se encuentran profundamente arraigados en el contexto social: a semejanza de un sofisticado sismógrafo responden a los movimientos telúricos de las necesidades informativas de los diversos individuos y sociedades. Por lo que ahora tiene que ampliar su capacidad de registro sismográfico para captar la fuerza y expansión de la cultura visual, con su particular poder informativo y de conocimiento.

A lo largo del siglo XX se fue dando la conformación de una cultura visual al compás de la creación y desarrollo de medios tecnológicos sofisticadamente poderosos para producción y reproducción de imágenes, con lo que éstas iniciaron la colonización de la realidad, hasta posesionarse de ella en los más remotos confines. Como nunca antes las imágenes pasaron a formar parte de la vida cotidiana de las personas. Y al decir vida cotidiana no ha de entenderse sólo de manera exterior a las personas; las imágenes no sólo pueblan los espacios externos, llámense estos espacios públicos o privados en los que se desenvuelve el trafago de la cotidianidad, sino que se encuentran interiorizadas en la conciencia y

hasta en la esfera inconciente de los individuos. Constituyéndose así una mentalidad signada por las imágenes, por lo que en buena media dirigen la conducta social. Con lo que la cultura visual gradualmente se afianza en el mundo contemporáneo. Por otra parte, las imágenes se convierten en un factor central de información y circulación comunicativa en la mayor parte de las instancias de la organización social. De ahí que ante este panorama en algunos círculos sociales se vea con desconfianza esta *invasión* y *dominio* de las imágenes: esto se denota en las llamadas de alerta que se levantan ante el abandono de la lectura de la palabra escrita, ya no sólo por parte de los jóvenes sino también por amplias capas de la población ante la *creciente voracidad* por el consumo de imágenes. Frente a esto es de acotar que estas muestras de *inquietud* y *ataque* a las imágenes no son nuevas, de hecho, hay una larga y antigua tradición de descalificación y destrucción de imágenes que tiene su centro de irradiación en las tendencias iconoclastas. Asimismo a esto contribuye la desconfianza que propicia lo nuevo, en este caso, el ascenso de una configuración distinta como es la cultura visual frente a la ya establecida y legitimada cultura escrita. De manera análoga, por ejemplo, en la antigüedad el gran maestro de la oralidad Sócrates (que nunca escribió ni una palabra), guardó toda su vida desconfianza contra la ascendente cultura escrita en Grecia. Pero debe quedar de manifiesto que aún con todos esos reparos y reflejos defensivos contra el avance de la cultura visual es una tendencia irreversible.

Ante la irrefrenable marea de imágenes que cubre a las sociedades contemporáneas la Bibliotecología y las bibliotecas se encuentran en un momento crucial de su historia, lo que conlleva replantear su conformación presente para con ello perfilar la trayectoria por venir. La transición cultural en la que se encabalgan dos configuraciones culturales distintas se convierte en un llamado para estar a la altura de los tiempos. Como se explicó con anterioridad la biblioteca ha sido una institución fundamental en la toma de conciencia de la cultura escrita respecto de sí misma y, por ende, de su autolegitimación como forma cultural dominante. Por lo que cabría esperar que algo semejante se dé para la biblioteca en re-

lación con la cultura visual, plataforma de su toma de conciencia; aunque, mejor aún, debería ser una *toma de conciencia de la conjunción de ambas configuraciones culturales*. La biblioteca y, en cuanto conocimiento, la Bibliotecología muy bien podrían ser las que promovieran, tanto a nivel práctico como teórico, la conformación y consolidación de una cultura dual: escrito-visual. Ahora bien, para que semejante propuesta, que tal vez pudiera calificarse de visionaria o excesiva, o en su defecto de *excesivamente visionaria*, pudiera llevarse a cabo y fructificar se requieren cambios y ajustes tanto en la ciencia bibliotecológica como en la biblioteca.

Se tendría que comenzar por reconocer claramente el estatuto de la imagen como soporte de información y conocimiento. Lo que conlleva también el reconocimiento de su especificidad y por ende de la diferencia y paridad que guarda en relación con la información registrada fundada en la escritura. Un supuesto base de la ciencia bibliotecológica es el de ser un conocimiento de carácter interdisciplinario; por lo que se ha estructurado como una forma de conocimiento que se nutre en gran medida de la importación de elementos cognoscitivos (conceptos, métodos, teorías) de otras ciencias. Tal importación no es menoscabo de la peculiaridad de ésta ciencia sino enriquecimiento de sus fundamentos. Por lo que apelando a su raigambre interdisciplinaria resulta pertinente, en el caso específico de la imagen, la incorporación de enfoques, conceptos y teorías de aquellas disciplinas que estudian a las imágenes en cuanto a su especificidad diferencial, para conjugarlos con el bagaje de conocimientos sobre organización de la información y el conocimiento propios de la Bibliotecología.

Así pues, es pertinente importar las propuestas conceptuales y teóricas que se han desarrollado en otras disciplinas sobre la imagen y la lectura de imagen *per se* para combinarlas con el vasto conocimiento bibliotecológico organizador de la información escrita. Todo lo cual hará posible concebir (comprender-organizar) de manera amplia y compleja las manifestaciones multiformes de la información registrada. Multiformidad que expresa su movimiento cambiante, su dinámica multidireccional. Con lo que al fin podrán comprenderse el complejo de vasos comunicantes que se dan entre

escritura e imagen: las cuales por lo mismo son fases movientes, cambiantes e interactuantes de la información registrada. La información es una y múltiple. *Unitas multiplex* que conjuga imagen y palabra.

A nivel operativo y concreto la Biblioteca será el ámbito en y desde el cual podrá desplegarse el conocimiento bibliotecológico que explica cómo se da y organiza el cambiante movimiento de la información: que se despliega en fases que se modulan entre palabra escrita e imagen. Así la biblioteca al llevar a cabo sus actividades sustantivas de coleccionar, identificar, organizar, conservar y comunicar la información, entendida indistintamente como palabra escrita e imagen, pasa a convertirse en una institución que puede hacer las veces de plataforma desde donde se proyecte el *continuum* entre cultura escrita y cultura visual. Al establecer ese *continuum* entre ambas configuraciones culturales esto pondría, por ejemplo, de manifiesto y clarificaría la continuidad entre la lectura de la palabra y la lectura de imagen. Prácticas ambas de lectura para las cuales la biblioteca sería el escenario idóneo para ser llevadas conjuntamente a cabo. Asimismo el mencionado *continuum* se constituiría en el puente a través del cual podrá transitar el deseo de la Bibliotecología, dejando atrás el cercado de la palabra escrita, para alcanzar al fin ese elusivo objeto que es la imagen: constituida así en patrimonio identificable e inalienable de la Bibliotecología y las bibliotecas.